

## ¡OH VIRGEN MARIA!....

## I

¡Oh Virgen pura entre todas las mujeres! cuando apenas abiertos los ojos a la vida supiste que un abrigo se brindaba a las hijas de Judá,

Dejaste entonces padre y madre, y te refugiaste a la sombra de los muros del templo, y entre el mundo y tu persona alzaste aquella barrera sacrosanta.

Cuando habiendo llegado a la edad de diez y seis años se te quiso elegir un esposo, de acuerdo con la costumbre establecida para las mujeres de tu pueblo,

A Dios volviste serena el rostro, segura como estabas de su protección; y la tradición nos refiere cómo EL designó por un milagro al que era digno de recibir tan preciado depósito.

Cuando el Señor mismo te envió un ángel para ofrecerte el título de Madre de Dios, entonces preguntaste: "Y cómo será esto?" E inclinaste la cabeza agobiada por aquella doble corona de Virgen y de Madre.

Y cuando, por último, pasabas como cándida visión a lo largo de las estrechas callejuelas de Belén, con tu dulce Hijo en los brazos.

Entonces contemplabas la tierra a través de su mirada, los cielos a través de su sonrisa, sin haber sospechado siquiera cosa alguna que hiciera inclinar la mirada de tus ojos límpidos,

¡Oh Virgen pura entre todas las mujeres!

## II

¡Oh Virgen humilde y silenciosa entre todas las mujeres! cuando después de recibir la visita del ángel tornaste a verte en medio de tus compañeras cotidianas,

No desplegaste los labios para narrar las maravillas realizadas por Dios en tu persona, ni les dijiste: "Un ángel ha venido a saludarme."

Cuando, poseído por las angustias de su alma, José, ignorante del querer divino, intentó alejarte de su casa,

No le dijiste, como en otro tiempo el ángel a Jacob, tu padre: "Tén cuidado, el Señor está conmigo e intentas combatir contra la fuerza de Dios mismo!"

Cuando en las aldeas alborotadas o en los campos florecidos, Jesús pasaba arrastrando a las almas en pos suyo, como la brisa arremolina y arrebató el polvo del camino,

Nunca posaste en EL una mirada de soberbia, ni dijiste entre tu pecho: "Este es el fruto de mi carne y de mi sangre."

Cuando enclavado en la cruz, en medio de agonía dolorosa, jadeaba tu hijo, desconocido, renegado y abandonado por todos,

Ni aun entonces proferiste una sola palabra; mas de pie y junto a EL compartías su oprobio, ofrendándole en silencio el dón terreno único digno de su grandeza: tu amor materno y virginal.

¡Oh Virgen humilde y silenciosa entre todas las mujeres!

### III

¡Oh Virgen dulce y pía entre todas las mujeres! cuando en las largas veladas corridas en la azotea de tu modesta morada, bajo el cielo de oriente, tachonado de estrellas, tu Hijo te anunciaba que había venido para borrar los pecados del mundo,

Tú le respondías: "Hijo mío, otórgame suavizar los pesares de los hombres."

Y cuando agregaba: "He venido para que tengan la vida, y para que la tengan en mayor abundancia,"

Tú rogabas: "La vida santa misma tiene también sus amarguras! Consiente en que yo vierta en toda vida una gota de dulzura."

Y cuando al final decía: "He sido enviado para ganar con mi sangre la eterna bienaventuranza de los hombres,"

Tú murmurabas: "Séame dado alcanzar con el bálsamo de mis lágrimas la curación de sus heridas ulceradas."

Y cuando cielos y tierra, atentos al primer milagro del Salvador, se preguntaban en favor de quién se realizaría el prodigio, y qué señal sería bastante para manifestar todo su poderío desde el primer instante,

Tú le decías compadecida en el banquete de las bodas de Caná: "Hijo mío, no tienen ya vino."

Y a los que aguardaban, acongojados por el temor de que se descubriesen sus escaseces, dijiste: "Haced lo que EL os diga."

Y un vino nuevo salió de las ánforas; y los ángeles se transmitían unos a otros que por ruego de María, el Cristo había realizado su primer prodigio, a fin de no acibarar los inocentes regocijos de los hombres!

¡Oh Virgen dulce y pía entre todas las mujeres!

### IV

¡Oh Virgen bendita, oh Virgen cara entre todas las mujeres, que "pusiste en EL los ojos" en todos los instantes de tu vida, según la palabra de uno de tus profetas, y a quien EL bendijo en todos los momentos,

Ten piedad, desde el seno de luz en que moras, de todos aquellos que a EL acuden, a pesar de su miseria y de la flaqueza de su fe, en busca de pureza, de fuerza y de paz.

Apiádate, apiádate, Señora, sobre todo, de los que se sumergen en tinieblas de muerte, porque ignoran u olvidan que al poner en EL los ojos hallarán fuente de vida.

¡Oh Virgen bendita, oh Virgen cara entre todas las mujeres!...